

# Posibilidad de una Literatura Americana.



## SOBRE UN LIBRO DE EDUARDO CABALLERO CALDERON

EN EL CAMPO, entre el Chicamocha y Soatá—de nombres deliciosos e inseguramente mestizos—y entre la bruma espesa que va subiendo del cañón del río, *Tipacoque* ha surgido para la literatura suramericana con perfiles inolvidables, pese a que la geografía y la historia y aún los caminos de Colombia y de América hayan olvidado un poco, por su parte, tan señero lugar, cuyo destino, quizás como el de aquel lugar de la Mancha, fuera más literario que histórico. He aquí que al conjuro de su evocación tenemos un nuevo nombre en los anales literarios americanos, el de Eduardo Caballero Calderón, y saboreamos una prosa ejemplar.

Con su *Tipacoque*, Caballero Calderón nos dá la ocasión de plantear una vez más, como al desgaire pero con firme esperanza, la pregunta casi académica y un tanto escéptica, el debatido e insoluto problema de si existe en realidad una literatura americana. Y nos tienta con el reflejo de la gidiana aventura de hacer una nueva apología de las influencias literarias.

No es común—y algún gran escritor latinoamericano lo hizo notar en su hora—ver florecer en nuestras tierras la vocación literaria, ascética y desnuda como pocas de las vocaciones. Recordemos brevemente su alegato memorable. Decía a los brillantes escritores de Europa, reunidos en un deslumbrador certamen semejante a un Areópago dorado:

“...Nace el escritor europeo como en el piso más alto de la Torre Eiffel. Un esfuerzo de pocos metros, y ya campea sobre las cimas mentales. Nace el escritor americano como en la región del fuego central. Después de un colosal esfuerzo, en que muchas veces le ayuda una vitalidad exacerbada, que casi se parece al genio, apenas logra asomarse a la sobrehaz de la tierra. Oh colegas de Europa: bajo tal o cual mediocre americano se esconde a menudo un almacén de virtudes que merece ciertamente vuestra simpatía y vuestro estudio. Estimadlo, si os place, bajo el ángulo de aquella profesión superior a todas las otras que decía José Enrique Rodó: la profesión general de hombre”.

He ahí el problema de la vocación literaria en América. Y es valedera esta memoriosa digresión al comentar a este nuevo escritor colombiano, porque él como ninguno—y este aserto viene de la anécdota para ingresar a la categoría—lleva en sí la vocación y la aptitud de las letras, y ha entrado derechamente por su camino de Damasco.

---

La historia y la geografía americana, ciencias muy jóvenes, tienen predilección por los símiles, por la colorida comparación feliz, por las notas características que

abrevian la dificultad del conocimiento. Así, no es raro que al decir México evoquemos su Revolución pertinaz y vital; al decir Cuba, el panorama verdeante del cañaveral, o el muy tropical de las maniguas. La Argentina y la Pampa se identifica fácilmente. Venezuela se colma y desborda con el nombre de clarín de Bolívar resonando sobre los llanos. Y decir Colombia es evocar una palpitante tradición de literatura.

Tierra de lengua castellana bien conservada en su castizo modo, y de legiones de vocacionales poetas que agotan las páginas de las antologías, la actitud de Colombia ante la literatura ha suscitado a veces hasta una forma de leve ironía, dirigida por un continente de mayorías aún bárbaras en lo que al pensamiento respecta, hacia la tierra magisterial y docta que prematuramente le surgía.

Eduardo Caballero Calderón, vástago de esa gran tradición de belleza formal, entra con su *Tipacoque*, libro de "estampas de provincia", por la puerta de honor de la nueva literatura de Colombia. Y entronca, por derecho de maestría, en su mejor tradición no interrumpida.

La apología de las influencias puede renovarse a su sombra con suficiente título. Pero también, y previamente, la apología del estilo—elogio de excepción—que tan puramente ejerce Caballero Calderón; y la respuesta afirmativa al viejo problema de la existencia de una peculiar literatura americana, cuyos caracteres se delinean ahora con evidente nitidez.

Este libro de estampas de provincia, que ubica la dulcedumbre del recuerdo bajo el epígrafe de unos nostálgicos endecasílabos de Juan Antonio Calcaño, nos hace pensar que la mejor de nuestras literaturas—o, mejor, nuestra única literatura—tiene que provenir fatalmente de un vi-

goroso mestizaje de las mejores influencias. Esta *fatalidad*, no peyorativa sino metafísica, esencial, nos restituye a la corriente universal del pensamiento, cuya elusión sólo puede suponerse como un insularismo artificial y, a la larga, estéril y sombrío. Ese juego sutil de las influencias—hábitos lejanos y próximos fuegos—hace precisamente que sea real, que sea indiscutible y patente la existencia actual de una literatura americana.

---

Largas lecturas proustianas y una delectación feliz en los claros meandros de nuestros clásicos, han ido asentándose lentamente para formar el estilo sutil, personal y omnisciente de Caballero Calderón, que podría distinguirlo entre cientos de extrañas páginas sin necesidad de firmar un párrafo, una frase. En su ejemplo reside, a mi juicio, una primera imagen certera de la literatura americana: síntesis, personalidad, asimilación.

Es la tierra sub-tropical del continente, plena de luz sensual, de relieves, de sensaciones, la que surge de su evocación, como el Combray de antaño y su cauda de reflejos, en el mnemotécnico pasaje de la taza de té. Hay figuras humanas que podrían pertenecer a un friso popular de Colombia, como Françoise y Jupien ingresaron a su hora al friso monumental del pueblo francés que erige por instantes "A la recherche du temps perdu": Siervo Joya, Marcos y Santos, aquella "dulce vieja que pasea por los corredores y las cocinas de Tipacoque el prestigio de sus siete enaguas de frisa con arandelas de encaje". Bulle el ambiente, casi no escrito, vivo, sanguíneo, de la existencia provincial, cuyo lento discurrir nos engaña intermitentemente, extrayendo a la luz esos paisajes de campo e infancia que los

hombres todos llevamos dentro de nosotros, y que un eco lejano, un olor transido y húmedo esparcido al pasar, o el humo lejanísimo de alguna hoguera campesina levantan, como una vaharada, del corazón y del recuerdo. Hay finalmente una tan cordial sublimación de lo anecdótico, que el tono grave y tierno de los párrafos de estricta historia, entra con aire legendario en los ámbitos de la conseja o en un dominio de irrealidad feliz donde los contornos de las cosas se confunden trizándose, con misteriosa algarabía de colores y sonidos. Tipacoque constituye, así, un pequeño universo, sobre el que se extiende lentamente, cuando nuestra mirada llega a la lejanía, la gran noche rural. La descripción, la vida del relato, el alma misma de la estampa fluyen con tan suave y descansada gracia que, de no estar sólidamente asentadas en la geografía de una gloriosa región de Colombia—en Boyacá—podrían edificarse sobre su mera creación. Esto es: son una realidad que linda con la poesía, superponiéndose y a veces confundiéndose con ella. Leemos en ese terso Capítulo XIII, “La gran noche rural”:

### Biblioteca de Letras

«Jorge Puccinelli Converso»

“No es la noche de la ciudad,— ¡ya lo creo que no lo es!— como estas noches atónitas del campo junto a mi la tibia presencia de los perros que saben mi nombre y me siguen por los caminos del monte al rancho de mama-señora, a la boca de la mina, al aprisco de las cabras, al trapiche de Vega de León, a la casa de Santos en el páramo o al trapiche de Siervo Joya en la Vega. Apenas turban el silencio o la soledad elementales esos pequeños rumores que son manifestaciones de la vida oscura y sorda de la tierra, cuya savia hincha los nuevos brotes de los naranjos de la huer-

ta o los tallos vidriosos de las cañas. Por momentos llegan bocanadas del olor del trapiche en alas del viento. Primero hay un rumor creciente de las hojas de los árboles, luego un silbido en la espadaña de la capilla, por último se agita con un chirrido irregular una canal desprendida del alero y golpea el batiente de una puerta que quedó mal cerrada. (Entonces se ve, en el fondo del corredor, la luz temblorosa de una vela que lleva Santos en la mano, que acudió a cerrarla). Y llega, al fin, el olor del trapiche meloso y espeso, que se quedó flotando en el corredor y resbala suavemente por todas las cosas”.

La política—ah sabía y polémica política de villorio, estrofa cáustica de Luis C. López!—la vieja controversia de la beligerante religión con un no menos pugnaz liberalismo provinciano, las pequeñas industrias populares, el ardiente verano, los cuentos de aparecidos, las romerías de larga tradición, todo tiene su lugar perdurable en esta prosa de serena y sóssegada ironía, donde a veces apunta la agudeza, la inconfundible inteligencia para vivir que distingue al pueblo medio de Colombia en todas las formas de su expresión: humilde periodismo, estrofa ocasional, inesperado refrán o contrapunteo de guitarras incansables. No erraría Caballero Calderón si por el mérito de este inventario de autenticidad, por su capacidad de permanencia y de futuro, por las esencias clásicas y populares que ha sabido guardar a la vez intactas y compenetradas, le fuera dable alardear a la manera de Stendhal, con la certeza de que en cien años más será leído con emoción y goce.

Hoy, en la atmósfera misma de su clima de creador, nos sugiere la imagen de una América llena de analogías

y de sentido, donde es igual el canto de los pájaros matinales como repitiéndose en la vastedad de la tierra, donde la noche cae con lenta cadencia sobre los mismos campos silenciosos y en donde el mismo pueblo mestizo habla, vive, goza y sufre como si las fronteras no lo dividieran, y como si no le mintiera la geografía una inexistente proximidad.

Cuando el verano se desliza sobre Tipacoque y todo dormita en la siesta ardorosa del mediodía, es evidentemente un verano universal, compartido y distinto el que cae sobre el mundo soñoliento:

“En la altura, dominando el gigantesco panorama de las montañas, relumbra como una tira de cuarzo o como una concreción del aire transparente, la Sierra Nevada de Güicán. Por Tipacoque sopla a veces un viento cálido que abrasa las colinas reseca, vuelca el trigo del páramo, chupa el jugo de los cañaverales y hace cantar las hojas tiesas y arrugadas que se pusieron a secar en los tambos. Los trapiches parecen minas abandonadas. No se oye más el canto acompasado de las cucharas que baten la miel en los fondos. Los bueyes, macilentos, se acogen a la sombra de los árboles. No hay agua, y las matas se mueren de sed. De la montaña no bajan ya metiendo ruido los arroyos. Las quebradas, secas, despiden un vaho caliente y los últimos charcos, convertidos en lodazales, se evaporan produciendo una sorda crepitación como un caldo que hierve. La atmósfera es de una transparencia sólida”.

¿Es éste un cuadro de los llanos ardientes, o quizás del verde litoral ecuatoriano, o de nuestra costa norteña, cálida y arenosa bajo los manglares sumergidos? Es un

trazo de América indistinta, en su instrumento universal y duradero: la lengua nutricia. Caballero Calderón ha encontrado para la descripción de sus paisajes, para hacer vivir cada una de las estampas de su libro, para dar vida poética a su *dramatis personae*, la fórmula que André Gide propugnaba: ceder a las influencias. Las que sobre él actúan—influencias cardinales y benévolas: Marcel Proust, Gabriel Miró, Azorín y, remontando el tiempo, la flor de nuestros clásicos, Cervantes y el sonriente y jocundo Juan Ruiz, Arcipreste de Hita—dejan intacta, si bien enriquecida y plena, la personalidad rotunda de gran escritor americano que late en él. *L'influence nous apparaissait jusqu'ici*—dice Gide—*comme un heureux moyen d'enrichissement personnel*. De tal riqueza contingente acumulada sobre la veta íntima de este artista nuevo y sincero, podemos esperar el brote no sorpresivo, lógico, de la gran novela colombiana y americana que debe advenir por obra y gracia de su estilo preparado para la mejor aventura; de su pluma feliz que dilucida una vez más con este libro y en favor de nuestra América, el problema de la existencia de una literatura que pueda llamarse, indisputadamente, suya.

JOSÉ ALVARADO SÁNCHEZ.